

esclavos o libertos. Por lo cual el Catecismo del santo Concilio de Trento, para no dejar sombra de duda de que somos esclavos de Jesucristo, usa un término inequívoco llamándonos *mancipa Christi*, esclavos de Jesucristo³⁰. Esto supuesto:

73. Digo que debemos pertenecer a Jesucristo y servirle no sólo como criados mercenarios, sino como esclavos de amor, que por efecto de un intenso cariño se entregan a Él y se consagran a servirle en calidad de esclavos, por sólo el honor de pertenecerle. Antes del bautismo éramos esclavos del demonio; el bautismo nos hizo esclavos de Jesucristo; es menester que los cristianos sean o esclavos del demonio o esclavos de Jesucristo.

74. Lo que en términos absolutos digo de Jesucristo, lo digo proporcionalmente de la Santísima Virgen. Habiéndola escogido Jesucristo por compañera inseparable de su vida, de su muerte, de su gloria y de su poder en el cielo y en la tierra, le ha concedido por gracia, relativamente a su Majestad, todos los mismos derechos y privilegios que Él posee por naturaleza. *Todo lo que a Dios conviene por naturaleza*, dicen los santos, *conviene a María por gracia*³¹. De suerte que, según ellos, puesto que Dios y María tienen el mismo querer y el mismo poder, tienen también los mismos súbditos, servidores y esclavos.

75. Se puede, pues, siguiendo el parecer de los santos y de muchos grandes hombres, llamarse y hacerse esclavos de amor de la Santísima Virgen,

³⁰ Catecismo del Concilio Tridentino, P, 1, c. 3, n. 12.

³¹ *Quidquid Deo per naturam Mariæ convenit per gratiam.*

a fin de ser de este modo más perfectamente esclavo de Jesucristo ³². María es el medio de que nuestro Señor se ha servido para venir a nosotros; por eso es también el medio de que nosotros debemos servirnos para ir a Él. María no es como las demás criaturas, que si nos adherimos a ellas, pueden más bien separarnos de Dios que acercarnos a Él; por el contrario, su inclinación más fuerte es a unirnos con Jesucristo su Hijo; y la inclinación más fuerte del Hijo es a que vayamos a Él por medio de su santísima Madre; y hacerlo así es honrarle a Él y agradarle; como sería honrar y agradar a un rey, si uno, para hacerse más perfecto súbdito y esclavo suyo, se hiciese esclavo de la reina. Por esta razón los Santos Padres, y con ellos San Buenaventura, dicen que *el camino para ir a Cristo es la Santísima Virgen* ³³.

76. Además, si, como he dicho, la Santísima Virgen es la Reina y Soberana del cielo y de la tierra ³⁴.

Vedlo: al imperio de Dios todo se sujeta, aun la Virgen.

Vedlo: al imperio de la Virgen todo se sujeta, aun Dios (San Bernardino).

Si esto dicen San Anselmo, San Bernardo, San Bernardino y San Buenaventura, ¿no tiene Ella tantos súbditos y esclavos cuantas son las criaturas? Y no es razonable que, entre tantos esclavos

³² *Ut sim devotus servus Filii, servitutem fideliter appeto Genetricis.* San Ildefonso.

³³ *Via veniendi ad Christum est appropinquare ad illam.* Psalt. maius, ps. 117.

³⁴ *Ecce, imperio Dei omnia subiiciuntur, et Virgo: ecce, imperio Virginis omnia subiiciuntur, et Deus.* t. 1, serm. 61.

por fuerza, haya también esclavos de amor, hombres que de buena voluntad elijan, en calidad de esclavos, a María por su soberana? ¡Pues qué!, ¿han de tener esclavos voluntarios los hombres y los demonios, y no los ha de tener María? ¡Cómo! Tendrá un rey a gala que la reina su consorte posea esclavos con derecho de vida y muerte sobre ellos, ya que el poder y el honor de la una redundan en poder y honor del otro; ¿y puede creerse que nuestro Señor, que, como el mejor de todos los hijos, ha compartido todo su poder con su santísima Madre, encuentre mal que Ella tenga sus esclavos? ¿Cabe que tenga Él menos amor y respeto para con su Madre, que Asuero para Ester y Salomón para Betsabé? ¿Quién osará decirlo ni siquiera pensarlo?

77. Pero ¿adónde me lleva la pluma? ¿Por qué detenerme en probar cosa tan evidente? Si alguno no quiere que nos llamemos esclavos de la Santísima Virgen, ¿qué más da? Seamos y llámonos esclavos de Jesucristo, y así lo seremos de su bendita Madre, toda vez que Jesús es el fruto y la gloria de María. Precisamente eso es lo que de un modo perfecto se consigue con la devoción de que después hablaremos.

Artículo III

ES NECESARIO VACIARNOS DE LO MALO QUE HAY
EN NOSOTROS

78. *Tercera verdad.*—Nuestras mejores acciones suelen ir comúnmente manchadas e inficionadas por el fondo de maldad que hay en nosotros. Cuando

se echa agua pura y limpia en una vasija que huele mal, o vino en una cuba cuyo interior está resabiado por otro vino que en ella hubo, el agua clara y el buen vino se malean y toman fácilmente el mal olor. De este modo, cuando en nuestra alma, maleada por el pecado original y el actual, pone Dios sus gracias y celestiales rocíos o el vino delicioso de su amor, sus dones ordinariamente se deterioran y malean por la mala levadura y el sedimento viciado que dejó en nosotros la culpa; nuestras acciones, aun las virtudes más elevadas, se resienten de eso. Es, por tanto, de gran importancia para alcanzar la perfección, que no se adquiere sino por la unión con Jesucristo, vaciarnos de lo malo que hay en nosotros. De otra suerte, nuestro Señor, que es infinitamente puro y detesta infinitamente la menor mancha en el alma, nos rechazará de su presencia y no se unirá con nosotros.

* * *

79. Para vaciarnos de nosotros mismos es menester:

1.º Conocer bien, con la luz del Espíritu Santo, nuestro mal fondo, nuestra incapacidad para todo bien concerniente a la salvación, nuestra debilidad en todas las cosas, nuestra inconstancia en todo tiempo, nuestra indignidad para toda gracia, y nuestra iniquidad en todas partes. El pecado de nuestro primer padre nos ha corrompido casi enteramente a todos, agriado, fermentado e inficionado, como la levadura agria, fermenta e inficiona toda la masa en que se pone. Los pecados actuales que hemos cometido, sean mortales, sean veniales, por más que estén perdonados, han aumentado nuestra concupiscencia, nuestra debilidad, nuestra inconstancia y

nuestra corrupción, y han dejado reliquias del mal en nuestra alma.

Nuestros cuerpos están tan corrompidos, que el Espíritu Santo los llama *cuerpos de pecado* ³⁵ concebidos en pecado, alimentados en el pecado, capaces de todos los pecados; cuerpos sujetos a mil y mil enfermedades, que de día en día se corrompen y no engendran sino sarna, miseria y corrupción. Nuestra alma, unida a nuestro cuerpo, ha llegado a ser tan carnal, que la Biblia la llama *carne: Toda carne había corrompido su camino* ³⁶. Sólo tenemos por herencia orgullo y ceguera en el espíritu, endurecimiento en el corazón, debilidad e inconstancia en el alma, concupiscencia, pasiones rebeldes y enfermedades en el cuerpo. Somos por naturaleza más orgullosos que los pavos reales, más pegados a la tierra que los sapos, más viles que los animales inmundos, más envidiosos que las serpientes, más glotones que los cerdos, más coléricos que los tigres, más perezosos que las tortugas, más débiles que las cañas, más inconstantes que las veletas. En el fondo no tenemos sino la nada y el pecado, y no merecemos más que la ira de Dios y el infierno eterno.

80. Siendo esto así, ¿por qué maravillarnos que nuestro Señor haya dicho que quien quiera seguirle debe renunciarse así mismo y aborrecer a su alma; que el que ama su alma la perderá, y el que la aborrece la salvará? ³⁷. Esta sabiduría infinita, que no impone mandato alguno sin razón, no nos manda aborrecernos sino porque somos grandemente dignos de aborrecimiento. Nada tan digno de amor

³⁵ *Corpus peccati*. Rom., 6, 6. Ps. 50, 7.

³⁶ Gen., 6, 12.

³⁷ Jn., 12, 26.

como Dios; nada tan digno de odio como nosotros mismos.

81. 2.º Para vaciarnos de nosotros mismos es menester morir cada día a nosotros mismos; es decir, hemos de renunciar a las operaciones de las potencias de nuestra alma y de los sentidos del cuerpo, porque hemos de ver como si no viésemos, oír como si no oyésemos, usar de las cosas de este mundo como si no usásemos de ellas, lo cual llama San Pablo "morir cada día". *Si el grano de trigo cayendo en la tierra no muere, se queda solo y no produce el buen fruto* ³⁸. Si no morimos a nosotros mismos y si nuestras devociones más santas no nos llevan a esta muerte necesaria y fecunda, no produciremos fruto alguno que valga y nuestras devociones serán inútiles; todas nuestras obras de virtud estarán manchadas por el amor propio y la propia voluntad; esto hará que Dios rechace los mayores sacrificios y las mejores acciones que ejecutemos, que a nuestra muerte nos hallemos con las manos vacías de virtudes y méritos, y que no tengamos ni una centella del puro amor, que sólo se comunica a las almas muertas a sí mismas, *cuya vida está escondida con Jesucristo en Dios* ³⁹.

82. 3.º Entre todas las devociones a la Santísima Virgen debemos escoger la que más lleve a esta muerte de nosotros mismos, como la mejor y la más santificante. No creamos que es oro todo lo que reluce, ni miel todo lo dulce, ni el camino más fácil y trillado por la mayoría el que mejor nos

³⁸ *Quotidie morior* (1 Cor. 15, 31). *Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum ma-*
ret. Jn., 12, 24.

³⁹ Colos., 3, 8.

lleva a la santidad. Como en el orden de la naturaleza hay secretos para hacer en breve tiempo, a poca costa y con facilidad, ciertas operaciones naturales, así también en el orden de la gracia hay secretos para hacer en poco tiempo con suavidad y facilidad operaciones sobrenaturales con que vaciarse de sí mismos, llenarse de Dios y alcanzar la perfección.

La práctica que quiero descubrir es uno de esos secretos de la gracia, desconocido de la mayor parte de los cristianos, conocido de pocos devotos, practicado y gustado por un corto número. Para comenzar a descubrir esta práctica, expongamos antes la cuarta verdad, que es consecuencia de la tercera.

Artículo IV

NECESITAMOS UN MEDIADOR PARA CON EL MEDIADOR, QUE ES JESUCRISTO

83. Cuarta verdad.—Es más perfecto, porque es más humilde, no acercarnos a Dios por nosotros mismos, sin tomar un mediador. Estando tan corrompida nuestra naturaleza, como acabo de mostrar, si nos apoyamos en nuestros propios trabajos, industrias y preparaciones para llegar a Dios y agradarle, cierto es que todas nuestras obras santas estarán manchadas y serán de poco peso delante de Dios para moverle a que se una a nosotros y nos oiga. Porque no sin razón nos ha dado Dios mediadores para con su Majestad. Vio nuestra indignidad e incapacidad, y tuvo piedad de nosotros; y para hacernos capaces de sus misericordias nos ha provisto de intercesores poderosos cerca de su grandeza; de modo que no contar con estos mediadores

y acercarse directamente a su santidad sin recomendación alguna, es faltar a la humildad, es faltar al respeto a un Dios tan alto y tan santo, es hacer menos caso de este Rey de reyes, que se haría de un rey o príncipe de la tierra, al cual no nos acercaríamos sin algún amigo que hablase por nosotros.

84. Jesucristo es nuestro abogado y nuestro Mediador-Redentor cerca de Dios Padre; por medio de Él debemos orar con toda la Iglesia triunfante y militante: por Él tenemos acceso a su Majestad, y sólo apoyados y revestidos de sus méritos debemos comparecer ante Dios, como el humilde Jacob, cubierto con pieles de cabrito, compareció delante de su padre Isaac para recibir su bendición.

85. Pero ¿acaso no tenemos necesidad de un mediador para con el mismo Mediador? ¿Es nuestra pureza tan grande como para unirnos inmediatamente a Él por nosotros mismos? ¿No es Él también Dios, igual en todo a su Padre, y, por consiguiente, el Santo de los santos, tan digno de respeto como su Padre? Si, por su caridad infinita, se ha hecho nuestro Fiador y Mediador cerca de Dios, su Padre, para aplacarle y pagarle lo que nosotros le debíamos, ¿será razón que por esto tengamos menos respeto y temor a su majestad y santidad?

Digamos, pues, paladinamente con San Bernardo ⁴⁰ que necesitamos un mediador para con el mismo Mediador, y que la divina María es la más capaz de desempeñar este oficio de caridad; por Ella vino Jesucristo a nosotros y por Ella debemos nosotros ir a Él. Si tememos ir directamente a Jesucristo Dios por razón de su infinita grandeza, o de nuestra bajeza, o de nuestros pecados, imploremos

⁴⁰ Sermo in Dominica infr. Assumpt., n. 2.

confiadamente la ayuda e intercesión de María nuestra madre; Ella es buena, es tierna, nada hay en Ella de austero y terrible, ni de excesivamente sublime y deslumbrante. Al verla, vemos nuestra pura naturaleza. No es el sol que con la fuerza de sus rayos podría deslumbrarnos por causa de nuestra debilidad, sino que es hermosa y apacible como la luna, que recibe su luz del sol y la templa para acomodarla a nuestro débil alcance. María es tan caritativa, que no rechaza a ninguno de los que imploran su intercesión, por muy pecadores que sean, pues, como dicen los santos, jamás se ha oído decir, desde que el mundo es mundo, que alguien haya recurrido confiada y perseverantemente a la Virgen, y haya sido desechado. Es tan poderosa, que jamás han sido desairadas sus peticiones. Bástale presentarse a su Hijo con alguna demanda, para que Él la reciba y le conceda al punto lo que pide, pues siempre está amorosamente vencido por los pechos, por las entrañas y por los ruegos de su queridísima Madre.

86. Todo lo dicho está sacado de San Bernardo (l. c.) y de San Buenaventura ⁴¹; de modo que, según estos santos, para llegar a Dios tenemos que subir tres escalones: el primero, que es el más próximo y más al alcance de nuestra capacidad, es María; el segundo es Jesucristo, y el tercero es Dios Padre. Para llegar a Jesús es preciso ir a María, que es nuestra Mediadora de intercesión; para llegar al Eterno Padre, es menester ir al Hijo, que es nuestro Mediador de redención. Este orden se guarda perfectamente en la devoción que luego propondremos.

⁴¹ *Speculum B. M. V.*, lect. 6 (Es de Conrado de Sajonia).

Artículo V

MUY DIFÍCIL NOS ES CONSERVAR LA GRACIA Y LOS TESOROS DE DIOS

87. *Quinta verdad.*—Es muy difícil, atendida nuestra flaqueza y fragilidad, que conservemos las gracias y tesoros que de Dios hemos recibido:

1.º Porque *ese tesoro*, que vale más que el cielo y la tierra, *lo tenemos en vasos de barro*⁴²; en un cuerpo corruptible, en un alma débil e inconstante, que por nada se turba y abate.

88. 2.º Porque los demonios, que son ladrones taimados, procuran sorprendernos de improviso para robarnos y despojarnos; acechan día y noche el momento favorable para ello; nos rodean incesantemente para devorarnos y arrebatarnos en un momento, por un pecado, todas las gracias y méritos que hemos podido ganar en muchos años. Su malicia, su experiencia, sus astucias, y el ser ellos tantos en número, nos debe hacer temer vehementemente esta desgracia, dado que persona más llenas de gracias, más ricas en virtudes, más experimentadas y más elevadas en santidad han sido sorprendidas y lastimosamente robadas y saqueadas. ¡Ay! ¡Cuántos cedros del Líbano y cuántas estrellas del firmamento se han visto caer miserablemente y perder en poco tiempo toda su alteza y su claridad! ¿De dónde tuvo origen esta mudanza tan extraña? No fue falta de gracia, que a nadie falta, sino falta de humildad. Se creyeron más fuertes y más poderosos de lo que eran; se creyeron capaces de guardar sus tesoros; se fiaron de sí y se apoya-

⁴² *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus* (2 Cor., 4, 7),

ron en sí mismos; creyeron bastante segura su casa y bastante fuertes sus cofres para guardar el precioso tesoro de la gracia, y por esta confianza imperceptible que en sí mismos tenían, aunque les pareciera que se apoyaban únicamente en la gracia de Dios, el Señor, abandonándolos a sí mismos, justísimamente permitió que fuesen saqueados. Si hubiesen conocido la devoción admirable que a continuación voy a proponer, habrían confiado su tesoro a la Virgen poderosa y fiel, y Ella se lo habría guardado como su propio tesoro,teniéndolo como un deber de justicia.

89. 3.º Es difícil perseverar en gracia a causa de la espantosa corrupción del mundo. El mundo está ahora tan corrompido, que se hace como inevitable que aun los corazones religiosos queden manchados, sino con su lodo, al menos con su polvo; hasta tal punto, que es una especie de milagro que una persona permanezca firme, en medio de este torrente impetuoso sin ser arrastrada por él; en medio de este mar tempestuoso sin anegarse o ser saqueada por los piratas y corsarios; en medio de este ambiente corrompido, sin contagiarse. Sólo la Virgen, la única que permaneció fiel, que en nada condescendió con la serpiente, es quien hace este milagro en favor de aquellos y aquellas que la aman con amor hermoso.

CAPITULO III

ELECCION DE LA VERDADERA DEVOCION A NUESTRA SEÑORA

90. Asentadas estas cinco verdades, es menester, ahora más que nunca, hacer una buena elección de la verdadera devoción a la Santísima Virgen, pues. hoy más que nunca, corren gran número de falsas devociones a la Virgen, que fácilmente podríamos tomar por verdaderas. El demonio, a guisa de monedero falso y de ladrón astuto y experimentado, ha seducido y condenado ya tantas almas por las falsas devociones a nuestra Señora ¹, que cada día se sirve de su experiencia diabólica para engañar a otras, entreteniéndolas y haciendo que duerman en el pecado so pretexto de algunas oraciones mal dichas y de algunas prácticas exteriores que él les inspira.

Así como un falsificador de moneda no falsifica generalmente más que el oro y la plata, y rara vez los otros metales, porque no valen la pena, del mismo modo el espíritu maligno no falsifica las otras devociones tanto como las de Jesús y María, la devoción a la sagrada Comunión, y la devoción a nuestra Señora, que son, entre las otras devociones, lo que el oro y la plata entre los metales.

¹ Véanse más adelante números 97-99.

91. Importa, pues, en gran manera conocer:

1.º Las falsas devociones a la Virgen, para evitarlas, y la verdadera, para abrazarla.

2.º Entre tantas y tan diferentes prácticas de la verdadera devoción a nuestra Señora, cuál es la más perfecta, la más agradable a María, la más gloriosa para Dios y la más eficaz para nuestra santificación, a fin de que nos aficionemos a ella.

Artículo I

CARACTERES DE LA FALSA Y DE LA VERDADERA DEVOCIÓN A NUESTRA SEÑORA

§ 1.º *Falsos devotos y falsas devociones a la Virgen*

92. Siete clases encuentro de falsos devotos y falsas devociones a la Virgen, a saber: 1.º, los devotos *críticos*; 2.º, los devotos *escrupulosos*; 3.º, los devotos *exteriores*; 4.º, los devotos *presuntuosos*; 5.º, los devotos *inconstantes*; 6.º, los devotos *hipócritas*; 7.º, los devotos *interesados*.

1.º *Los devotos críticos*

93. Son por lo común sabios orgullosos, altaneros y pagados de sí, que en el fondo tienen alguna devoción a la Virgen, pero que critican casi todas las prácticas de piedad con que las gentes sencillas honran ingenua y santamente a esta buena Madre, sólo porque no se acomodan a su fantasía. Ponen en duda todos los milaros e historias referidas por autores dignos de fe, o sacadas de las crónicas de las Ordenes religiosas, que atestiguan la misericordia y el poder de la Santísima Virgen. No saben mirar sin lástima a las personas sencillas y humildes arro-

dilladas ante un altar o una imagen de la Señora, o tal vez en medio de una calle, para rogar a Dios; y hasta las acusan de idolatría, como si adorasen la madera o la piedra. Por lo que a ellos toca, dicen que no gustan de esas devociones exteriores, ni son tan cándidos que se presten a creer tantos cuentos e historias como corren acerca de la Santísima Virgen. Si se les recuerdan las admirables alabanzas que los santos Padres tributan a María, o responden que hablaban como oradores hiperbólicamente, o dan una falsa interpretación a sus palabras.

Esta clase de falsos devotos, gente orgullosa y mundana, es mucho de temer, y hacen un daño incalculable a la devoción de nuestra Señora, alejando de Ella definitivamente a los pueblos so pretexto de desterrar abusos.

2.º *Los devotos escrupulosos*

94. Son personas que temen deshonar al Hijo honrando a la Madre, rebajar al uno al ensalzar a la otra. No pueden sufrir que se den a María las justísimas alabanzas que le tributaron los santos Padres; a duras penas toleran que haya más gente arrodillada delante de un altar de María que delante del Santísimo Sacramento, como si lo uno fuese contrario a lo otro, o como si los que oran a la Virgen no orasen a Jesucristo por medio de Ella. No quieren que se hable tanto de la Madre de Dios, ni que los fieles acudan tantas veces a Ella.

He aquí algunas frases que les son frecuentes: ¿Para qué sirven tantos rosarios, tantas congregaciones y tantas devociones exteriores a la Virgen?

¡Cuánta ignorancia hay en esto! ¡Esto es hacer de nuestra religión una mojiganga! Hábleme usted de los devotos de Jesucristo. (Y al pronunciar este nombre, lo digo entre paréntesis, con frecuencia dejan de descubrirse.) A Jesucristo es a quien se ha de recurrir; Él es nuestro único Mediador; es menester predicar a Jesucristo: ¡esto es lo sólido!

Y todo esto que dicen es verdad en cierto sentido; pero según ellos lo explican para combatir la devoción a nuestra Señora, es muy dañoso y un lazo sutil del maligno espíritu, so pretexto de bien mayor. Porque jamás se honra tanto a Jesucristo como cuando más se honra a su Madre; porque no se la honra sino con el intento de honrar más perfectamente a Jesucristo; ni vamos a Ella sino como al camino para llegar al término a que aspiramos, que es Jesús.

95. La santa Iglesia, con el Espíritu Santo, bendice primero a la Madre y después al Hijo: *Bendita Tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús*. No porque la Santísima Virgen sea más que Jesucristo o igual a Él, lo cual sería una herejía intolerable, sino porque para bendecir más perfectamente a Jesucristo es menester bendecir antes a María. Digamos, pues, con todos los verdaderos devotos de esta celestial Señora, contra esos falsos devotos escrupulosos: *Bendita eres, María, entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre, Jesús*.

3.º Los devotos exteriores.

96. Son personas que cifran toda su piedad con María en prácticas externas; que no gustan más que del exterior de la devoción a la Virgen, porque

carecen de espíritu interior; que rezan muchos rosarios, atropelladamente; oyen muchas misas, sin atención; asisten a las procesiones, sin devoción; pertenecen a todas las cofradías, sin enmendar su vida, sin mortificar sus pasiones, sin imitar las virtudes de esta benditísima Virgen. Sólo gustan lo sensible de la devoción, sin buscar lo sólido. Si no experimentan algo sensible en sus prácticas espirituales, creen que no hacen nada, se desalientan y lo abandonan todo o lo hacen por rutina.

El mundo está lleno de esta clase de devotos exteriores y no hay gente que más critique de las personas de oración, que ponen empeño en lo interior, como lo más esencial, aunque sin menospreciar el exterior, de modestia, que acompaña siempre a la devoción verdadera.

4.º *Los devotos presuntuosos.*

97. Son pecadores entregados a sus pasiones o amigos del mundo, que con el hermoso nombre de cristiano y devoto de la Santísima Virgen, esconden o el orgullo, o la avaricia, o la lujuria, o la embriaguez, o el perjurio, o la maledicencia, o la injusticia, etc.; que duermen pacíficamente con sus hábitos perversos, sin hacerse mucha violencia para corregirse, confiados en que son devotos de la Virgen; que se prometen que Dios les perdonará, que no morirán sin confesión y que no se condenarán, porque rezan su rosario, ayunan los sábados, pertenecen a la cofradía del santo rosario o del escapulario, o alguna de sus congregaciones, llevan el hábito o la cadenilla de la Santísima Virgen, etc.

Cuando se les dice que su devoción no es más que una ilusión del demonio y una presunción

perniciosa, capaz de llevarlos a su perdición, no lo quieren creer; dicen que Dios es bueno y misericordioso, que no nos ha criado para condenarnos, que no hay hombre que no peque; que ellos no morirán sin confesión; que basta un buen *Señor*, *pequé* a la hora de la muerte; sobre todo esto, que ellos son devotos de la Virgen, que llevan el escapulario, que todos los días rezan puntualmente y sin respeto humano siete Padrenuestros y Avemarías en su honor, y aun alguna vez el rosario y el oficio de nuestra Señora, que ayunan, etc. En confirmación de lo que dicen, y para cegarse más, alegan varias historias, verdaderas o falsas, que para ellos poco importa, las cuales han oído o leído en libros, donde se asegura que personas muertas en pecado mortal sin confesión, porque durante su vida habían rezado algunas oraciones o ejercitado algunas prácticas de devoción a la Virgen, resucitaron para confesarse, o su alma permaneció milagrosamente en el cuerpo hasta la confesión, o a la hora de la muerte obtuvieron por la misericordia de María la contrición y el perdón de los pecados, y, por consiguiente, se salvaron, y así esperan ellos la misma suerte.

98. Nada hay en la cristiandad tan perjudicial a las almas como esta persuasión diabólica. Porque ¿cómo puede decir con verdad que ama y honra a la Virgen, el que con sus pecados hiere, traspasa, crucifica y despiadadamente ultraja a Jesucristo su Hijo? Si María se creyese obligada a salvar con su misericordia a esta clase de gente, autorizaría el crimen y ayudaría a crucificar y ultrajar a su Hijo; y esto, ¿quién osaría jamás pensarlo?

99. Digo que abusar así de la devoción a nues-

tra Señora, que, después de la devoción a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, es la más santa y la más sólida, es cometer un horrible sacrilegio, que después de la comunión sacrílega, es el mayor y más indigno de perdón.

Confieso que para ser verdadero devoto de nuestra Señora, no es absolutamente necesario ser tan santo que se evite todo pecado, aunque esto sería de desear; pero sí es menester a lo menos (nótese bien lo que voy a decir):

1.º Mantenerse en una resolución sincera de evitar, al menos, todo pecado mortal, que ultraja tanto a la Madre como al Hijo.

2.º Hacerse violencia para evitar el pecado.

3.º Inscribirse en cofradías, rezar los cinco o los quince misterios del rosario u otras oraciones, ayunar los sábados, etc.

100. Todo esto es maravillosamente útil para la conversión de un pecador, aunque esté endurecido; y si mi lector es uno de ellos, aunque tenga ya un pie en el abismo, le aconsejo practique alguna de estas devociones, pero a condición que las haga sólo con intención de obtener de Dios por intercesión de María la gracia de la contrición y del perdón de sus pecados, y de vencer sus malos hábitos, y no para permanecer pacíficamente en estado de pecado contra los remordimientos de su conciencia, el ejemplo de Jesucristo y de los santos y las máximas del santo Evangelio.

5.º *Los devotos inconstantes.*

101. Son los devotos de la Virgen a intervalos y por arranques; tan pronto son fervientes como tibios; en un momento parecen dispuestos a hacerlo

todo por su servicio, y poco después ya no son los mismos. De pronto abrazan todas las devociones marianas, entran en todas sus cofradías, y luego no cumplen sus reglas con fidelidad; se mudan como la luna, y María los pone debajo de sus pies con la media luna, porque son variables e indignos de ser contados entre los servidores de esta Virgen fiel, los cuales tienen por herencia la fidelidad y la constancia. Más vale no cargarse con tantas oraciones y prácticas devotas, y hacer menos, pero con amor y fidelidad, a pesar del mundo, del demonio y de la carne.

6.º *Los devotos hipócritas.*

102. Hay, además, otros falsos devotos de la Virgen, que son los devotos *hipócritas*, que cubren sus pecados y sus malos hábitos bajo el manto de María, a fin de pasar a los ojos de los hombres por lo que no son.

7.º *Los devotos interesados.*

103. Quedan, por fin, los devotos *interesados*, los cuales sólo recurren a la Virgen para ganar algún pleito, para evitar algún peligro, para curar de alguna enfermedad, o por alguna otra necesidad de esta índole, sin la cual no se hubieran acordado de Ella. Y unos y otros son falsos devotos, moneda que no corre delante de Dios y de su Santísima Madre.

* * *

104. Guardémonos de ser del número de los devotos *críticos*, que nada creen y lo critican todo; de los devotos *escrupulosos*, que temen ser excesi-

vamente devotos de María por respeto a Jesucristo; de los devotos *exteriores*, que cifran toda su devoción en prácticas externas; de los devotos *presuntuosos*, que confiados en su falsa devoción a la Virgen, viven encenagados en sus pecados; de los devotos *inconstantes*, que por ligereza mudan sus prácticas de devoción, o las dejan a la menor tentación; de los devotos *hipócritas*, que entran en las cofradías y visten la librea de la Virgen para pasar por buenos; y, en fin, de los devotos *interesados*, que no recurren a la Virgen sino para librarse de los males del cuerpo o para alcanzar bienes temporales.

§ 2.º *La verdadera devoción a la Santísima Virgen.*

105. Después de desenmascarar y reprobar las falsas devociones a María Santísima, conviene presentar en pocas palabras la verdadera, que es: 1.º, interior; 2.º, tierna; 3.º, santa; 4.º, contante; 5.º, desinteresada.

1.º *La verdadera devoción es interior.*

106. La devoción a la Santísima Virgen es, ante todo, *interior*, que nace del espíritu y del corazón, y procede de la estima que hacemos de la celestial Señora, de la alta idea que nos hemos formado de sus grandezas y del amor que la tenemos.

2.º *La verdadera devoción es tierna.*

107. Es *tierna*, es decir, llena de confianza en nuestra Señora, como la del niño para con su buena madre. Esta devoción hace que el alma recurra a la Virgen en todas sus necesidades de cuerpo y

espíritu con mucha sencillez, confianza y ternura; que implore la ayuda de su bondadosa Madre en todo tiempo, en todo lugar y en todas las cosas: en sus dudas para ser enseñada, en sus extravíos para ser enderezada, en sus tentaciones para ser sostenida, en sus debilidades para ser fortalecida, en sus caídas para ser levantada, en sus desalientos para ser reanimada, en sus escrúpulos para ser librada de ellos, en las cruces, trabajos y contrariedades de la vida para ser consolada. Finalmente, en todos los males de cuerpo y de espíritu. María es su recurso ordinario, sin temor de importunar a esta buena Madre ni de desagradar a Jesucristo.

3.º *La verdadera devoción es santa.*

108. La verdadera devoción a la Virgen es santa, es decir, lleva al alma a evitar el pecado e imitar las virtudes de María; y particularmente su humildad profunda, su fe viva, su obediencia ciega, su oración continua, su mortificación en todas las cosas, su pureza divina, su caridad ardiente, su heroica paciencia, su dulzura angelical y su sabiduría divina; he aquí las diez principales virtudes de nuestra Señora.

4.º *La verdadera devoción es constante.*

109. La verdadera devoción a la Virgen es *constante*; afirma al alma en el bien y la lleva a no abandonar fácilmente las prácticas de devoción; la hace animosa para oponerse al mundo en sus costumbres y en sus máximas; a la carne en sus regalos y en sus pasiones, y al demonio en sus tentaciones. De modo que una persona verdaderamente devota de la Virgen no es veleidosa, melancólica,

escrupulosa ni cobarde. Esto no quiere decir que no caiga alguna vez o que no sienta mengua en la devoción sensible; pero si cae, se levanta, alargando la mano a su buena Madre; si pierde el gusto y la devoción sensible, no por eso se acongoja; porque *el justo* y el devoto fiel de María, *vive de la fe*², de Jesús y de María, y no de los sentimientos del cuerpo.

5.º *La verdadera devoción es desinteresada.*

110. Por último, la verdadera devoción a la Virgen es desinteresada, es decir, inspira al alma que no se busque a sí misma, sino sólo a Dios en su Madre santísima. El verdadero devoto de María sirve a esta augusta Reina, no por espíritu de lucro o de interés, ni por su propio bien, temporal o eterno, corporal o espiritual, sino únicamente porque Ella merece ser servida y Dios sólo en Ella. Ama a María no precisamente por los favores recibidos de Ella o los que espera recibir, sino porque Ella es amable. Por esto la ama y la sirve tan fielmente en los sinsabores y sequedades como en las dulzuras y fervores sensibles; la ama lo mismo en el Calvario que en las bodas de Caná. ¡Oh, cuán agradable y precioso es a los ojos de Dios y de su santa Madre un semejante devoto de María, que no se busca a sí mismo en los servicios que la presta! Pero ¡qué pocos hay así! Precisamente para que no sean tan pocos he emprendido este trabajo, de poner por escrito lo que durante tantos años en público y en privado he enseñado en mis misiones con no escaso fruto.

* * *

² *Justus autem meus ex fide vivit* (Hebr., 10, 38).

111. Muchas cosas he dicho ya de la Santísima Virgen, pero muchas más tengo que decir, y aún omitiré infinitas más, ya por ignorancia, ya por inhabilidad, ya por falta de tiempo para cumplir el designio que tengo, de formar un verdadero devoto de María y un verdadero discípulo de Jesucristo.

112. ¡Oh, qué bien empleado estaría mi trabajo, si este humilde escrito, cayendo en manos de un alma bien nacida, *nacida, no de la sangre, ni de la voluntad del varón, sino de Dios y de María*³, le descubriese e inspirase por la gracia del Espíritu Santo, la excelencia y el precio de la verdadera y sólida devoción a María santísima, que ahora voy a proponer! Si supiese que mi sangre pecadora podría servir para escribir en los corazones de mis lectores las verdades que mi pluma estampa en honor de mi amada Madre y soberana Señora, de quien soy el último de los hijos y esclavos, con sangre en vez de tinta trazaría estas líneas, con la esperanza que abrigo de hallar almas generosas, que por su fidelidad a la práctica que voy a enseñar, resarcirán a mi amada Madre y Señora de las pérdidas causadas por mi ingratitud e infidelidad.

113. Hoy más que nunca me siento animado a creer y a esperar todo lo que tengo profundamente grabado en mi corazón, y que hace tantos años pido a Dios, a saber: que tarde o temprano la Santísima Virgen tendrá más hijos, servidores y esclavos de amor que nunca, y que por este medio Jesucristo, mi amado Dueño, reinará más que nunca en los corazones.

114. Preveo claramente que surgirán bestias te-

³ Jn., 1, 13.

rribles, que, furiosas, intentarán destrozar con sus dientes diabólicos este humilde escrito, y a aquel de quien el Espíritu Santo se sirvió para redactarlo; o al menos, pretenderán sepultar estas páginas en las tinieblas y en el silencio de un cofre⁴, a fin de que no aparezca jamás; y también atacarán y perseguirán a aquellos y aquellas que lo lean y lo pongan en práctica. Pero, ¿qué importa? ¡Tanto mejor! Esta perspectiva me anima y me hace esperar un gran éxito, es decir, un gran escuadrón de bravos y valientes soldados de Jesús y de María, de uno y otro sexo, que combatirán al mundo, al demonio y a la naturaleza corrompida, en los tiempos más que nunca peligrosos que van a venir. *El que lo leyere, entienda, y el que lo pueda entender, entienda*⁵.

Artículo II

PRÁCTICAS DE LA VERDADERA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

§ 1.º *Principales prácticas interiores y exteriores.*

115. Hay muchas prácticas *interiores* de la verdadera devoción a la Santísima Virgen; he aquí, en resumen, las principales:

1.ª Honrarla como a digna Madre de Dios con culto de hiperdulía; es decir, estimarla y venerarla más que a todos los otros santos, como la obra más perfecta de la gracia y la primera después de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

⁴ Así literalmente acaeció desde la revolución hasta 1842.

⁵ *Qui legit intelligat* (Mt., 24, 15). *Qui potest capere capiat.* (Mt., 19, 12).

2.ª Meditar sus virtudes, sus privilegios y sus acciones.

3.ª Contemplar sus grandezas.

4.ª Rendirle actos de amor, de alabanza y de acción de gracias.

5.ª Invocarla de corazón.

6.ª Ofrecerse y unirse a Ella.

7.ª Hacer todas sus acciones con intención de agradarla.

8.ª Comenzar, continuar y concluir todas sus obras *por* Ella, *en* Ella, *con* Ella y *para* Ella, a fin de hacerlas *por* Jesucristo, *en* Jesucristo, *con* Jesucristo y *para* Jesucristo, que es nuestro último fin. Más adelante explicaremos esta última práctica (números 257 y sigs.).

116. La verdadera devoción a nuestra Señora tiene también varias prácticas *exteriores*, las principales son:

1.ª Alistarse en sus cofradías y entrar en sus congregaciones.

2.ª Entrar en alguna Orden religiosa instituida en su honor.

3.ª Publicar sus alabanzas.

4.ª Hacer en su obsequio limosnas, ayunos y mortificaciones espirituales o corporales.

5.ª Llevar consigo sus libreas, como el santo rosario, el escapulario o la cadenilla.

6.ª Rezar atenta, devota y modestamente el santo Rosario entero, compuesto de quince decenas de Avemarías, en honor de los principales misterios de Jesucristo; o la tercera parte, que son cinco decenas, en honor de los cinco misterios gozosos, que son: la Anunciación, la Visitación, el Nacimiento de Jesucristo, la Purificación y el Niño Perdido y hallado en el templo; o de los cinco misterios

dolorosos, que son: la Agonía de Jesucristo en el huerto de los olivos, su Flagelación, su Coronación de espinas, su subida al Calvario con la Cruz auestas y su Crucifixión; o de los cinco misterios gloriosos, que son: la Resurrección de Jesucristo, su Ascensión, la Venida del Espíritu Santo, la Asunción de la Santísima Virgen al cielo en cuerpo y alma, y su Coronación por las tres Personas de la Santísima Trinidad.

También se puede rezar una corona de seis o siete decenas en reverencia de los años que se cree que vivió la Virgen sobre la tierra; o la Coronilla de la Virgen, compuesta de tres Padrenuestros y doce Avemarías en honor de su corona de doce estrellas o privilegios; o el Oficio Parvo de la Santísima Virgen, tan universalmente recibido y rezado en la iglesia; o el Salterio menor (Piísima) que San Buenaventura compuso en honor de María, y es tan tierno y devoto, que no puede rezarse sin conmovirse. O catorce Padrenuestros y catorce Avemarías en reverencia de sus catorce gozos; o algunas otras oraciones, himnos y cánticos de la Iglesia, como la *Salve, Regina*, el *Alma*, el *Ave, Regina caelorum* o el *Regina caeli*, según los diversos tiempos; o el *Ave, Maris stella, O gloriosa Domina*, o el *Magnificat* o algunas otras prácticas devotas de que están llenos los libros piadosos.

7.ª Cantar y hacer cantar en su honor cánticos espirituales.

8.ª Hacerle cierto número de genuflexiones o reverencias, diciéndole, por ejemplo, todas las mañanas sesenta o cien veces: *Ave María, Virgo fidelis* (Dios te salve, María, Virgen fiel) para alcanzar de Dios, por su mediación, la fidelidad a la gracia durante el día; y por la noche, *Ave, María, Mater mi-*

sericordiae (Dios te salve, María, Madre de misericordia), para impetrar de Dios, por medio de Ella, perdón de los pecados cometidos durante el día.

9.ª Interesarse por sus cofradías, adornar sus altares, coronar y embellecer sus imágenes.

10. Llevar y hacer llevar en procesión sus imágenes, y traer una consigo, como arma poderosa contra el demonio.

11. Hacer imágenes o grabar su nombre, y colocarlas en las iglesias, en las casas o sobre las puertas y entradas de las ciudades, de las iglesias y de las casas.

12. Consagrarse a Ella de una manera especial y solemne.

117. Hay en gran número otras prácticas de verdadera devoción a María, que el Espíritu Santo ha inspirado a las almas santas, muy eficaces para nuestra santificación. Pueden verse más en particular en *El paraíso abierto a Filagia*, compuesto por el R. P. Pablo Barry, de la Compañía de Jesús, que en esta obra ha recogido gran número de devociones que los santos practicaron en honor de nuestra Señora; las cuales admirablemente sirven para la santificación de las almas, siempre que se hagan como es debido, es decir:

1.º Con buena y recta intención de agradar a solo Dios, de unirse a Jesucristo como a último fin, y de edificar al prójimo.

2.º Con atención, sin distracciones voluntarias.

3.º Con devoción, sin precipitación ni negligencia.

4.º Con modestia y compostura corporal respetuosa y edificante.

2.º *Elección de la práctica perfecta.*

118. Por último protesto paladinamente que después de haber leído casi todos los libros que tratan de la devoción a la Madre de Dios y de haber conversado familiarmente con las personas más sabias y santas de estos últimos tiempos, no he conocido ni sabido práctica de devoción a María semejante a la que voy a exponer, que exija del alma más sacrificio por Dios, que la vacíe más completamente de sí misma y de su amor propio, que la conserve más fielmente en gracia, y la gracia en ella, que más perfecta y fácilmente la una a Jesucristo, y por último, que sea más gloriosa a Dios, más apta para la santificación propia y más útil para el prójimo.

119. Como lo esencial de esta devoción consiste en el interior, que ella debe formar, no será igualmente comprendida por todo el mundo; algunos se quedarán en lo que tiene de exterior, sin pasar más adelante, y éstos serán el mayor número; otros, que serán pocos, entrarán en el interior, pero no subirán más que al primer grado. ¿Quién llegará al segundo? ¿Quién alcanzará el tercero? En fin, ¿quién permanecerá en él habitualmente? Sólo aquel a quien el Espíritu de Jesucristo revele este secreto y por Sí mismo conduzca a ese estado al alma enteramente fiel, para progresar de virtud en virtud, de gracia en gracia, de luz en luz, hasta llegar a la transformación de sí misma en Jesucristo, y a la plenitud de su edad en la tierra y de su gloria en el cielo.

CAPITULO IV

NATURALEZA DE LA PERFECTA DEVOCION A LA SANTISIMA VIRGEN, PERFECTA CON- SAGRACION A JESUCRISTO

120. Siendo así que toda nuestra perfección consiste en estar conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de todas las devociones es, sin duda alguna, la que más perfectamente nos conforma, une y consagra a este divino modelo. Y, pues, María, es, entre todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo; síguese que, entre todas las devociones, la que más consagra y conforma un alma a nuestro Señor es la devoción a su Santísima Madre. Y cuanto más se consagre un alma a María, tanto más se unirá con Jesucristo. Y, por tanto, la perfecta consagración a Jesucristo no es otra cosa sino una perfecta y total consagración de sí mismo a la Santísima Virgen. Esta es la devoción que yo enseño; y en otros términos podría decirse una perfecta renovación de los votos y promesas del santo Bautismo.

Artículo I**PERFECTA Y ENTERA CONSAGRACIÓN DE SÍ MISMO A LA SANTÍSIMA VIRGEN**

121. Consiste, pues, esta devoción en entregarse enteramente a la Santísima Virgen para ser todo de Jesucristo por medio de Ella.

Debemos entregarle:

1.º Nuestro cuerpo con todos sus sentidos y miembros:

2.º Nuestra alma con todas sus potencias.

3.º Nuestros bienes exteriores, llamados de fortuna, presentes y venideros.

4.º Nuestros bienes interiores y espirituales, o sea, nuestros méritos, nuestras virtudes y nuestras buenas obras, pasadas, presentes y futuras. En dos palabras: todo lo que tenemos en el orden de la naturaleza y en el de la gracia; y todo lo que en el porvenir podemos tener en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; y esto, sin reserva ninguna, ni de un céntimo, ni de un cabello, ni de la menor buena obra; y esto por toda la eternidad, y sin esperar de nuestra ofrenda y servicios ninguna recompensa más que la honra de pertenecer a Jesucristo por María y en María, aun cuando esta amable Señora no fuese, como lo es, siempre la más liberal y agradecida de las criaturas.

122. Conviene notar aquí que en las buenas obras que hacemos hay dos cosas: satisfacción y mérito, o sea, valor satisfactorio o impetratorio, y valor meritorio. El valor satisfactorio o impetratorio de una buena obra es esa misma buena obra en cuanto satisface por la pena debida al pecado, u obtiene

alguna nueva gracia; el valor meritorio, o el mérito, es la buena obra en cuanto merece gracia y gloria eterna.

Ahora bien: en esta consagración de nosotros mismos a la Santísima Virgen, le damos todo el valor satisfactorio, impetratorio y meritorio, o sea, las satisfacciones y los méritos de todas nuestras buenas obras. Le damos nuestros méritos, nuestras gracias y nuestras virtudes, no para que las comunique a otros (porque nuestros méritos, gracias y virtudes son, propiamente hablando, incommunicables; únicamente Jesucristo, haciéndose fiador nuestro para con su Padre, ha podido comunicarnos sus méritos), sino para que nos las conserve, aumente y embellezca, como diremos más adelante (núms. 146 y siguientes). Le damos nuestras satisfacciones para que las comunique a quien sea de su agrado y para la mayor gloria de Dios.

* * *

123. De lo dicho se deduce que:

1.º Por esta devoción se da a Jesucristo, de la manera más perfecta, puesto que se da por manos de María, todo lo que se le puede dar, y mucho más que por las demás devociones, por las cuales se le da o una parte de su tiempo, o una parte de sus buenas obras, o una parte de sus satisfacciones y mortificaciones. Por esta devoción todo se da y se consagra, hasta el derecho a disponer de los bienes interiores y de las satisfacciones que cada día se ganan por las buenas obras, lo cual no se hace en ninguna Orden religiosa. En éstas se dan a Dios los bienes de fortuna por el voto de pobreza, los bienes del cuerpo por el voto de castidad, la propia voluntad por el voto de obediencia, y algunas ve-

ces la libertad del cuerpo por el voto de clausura; pero no se le hace entrega de la libertad o el derecho que se tiene de disponer de sus buenas obras, y no se despoja cuanto es posible de lo que el hombre cristiano tiene de más precioso y caro, que son sus méritos y satisfacciones ¹.

124. 2.º Dedúcese que una persona, que voluntariamente se consagra y sacrifica así a Jesucristo por María, no puede ya disponer del valor de ninguna de sus buenas obras: todo lo que padece, todo lo que piensa, dice y hace de bueno, pertenece a María para que Ella disponga de todo ², según la voluntad de su Hijo y a su mayor gloria. Esta entrega, sin embargo, en nada perjudica a las obligaciones de la persona en el estado presente o en el venidero, verbigracia, la obligación de un sacerdote que por razón de su oficio, u otra causa, debe aplicar el valor satisfactorio e impetratorio de la santa Misa a un particular. Porque esta consagración no se hace sino según el orden de Dios y los deberes del propio estado.

125. 3.º Síguese, por último, que la consagración se hace a la vez a la Santísima Virgen y a Jesucristo: a la Virgen, como al medio más perfecto que Jesucristo ha escogido para unirse Él con nosotros

¹ A pesar de esta ventaja parcial, la consagración es un acto de pura devoción privada, que a nada obliga en conciencia y nadie tiene derecho a exigirnos su cumplimiento: los votos producen obligaciones públicas gravísimas de por vida, exigibles a todas horas; por eso los votos constituyen al religioso en estado de perfección.

² Repárese que los méritos son estrictamente personales e intransferibles; no es posible desposeerse de ellos.

y nosotros con Él; y a nuestro Señor, como a nuestro último fin, y a quien debemos todo lo que somos, como a nuestro Redentor y nuestro Dios.

Artículo II

PERFECTA RENOVACIÓN DE LAS PROMESAS DEL SANTO BAUTISMO

126. He dicho (n. 120) que esta devoción puede muy bien llamarse una perfecta renovación de las promesas del santo Bautismo. Porque todo cristiano era antes del Bautismo esclavo del demonio, puesto que a él pertenecía; pero en el Bautismo, por su propia boca, o por la de su padrino y su madrina, renunció solemnemente a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y tomó a Jesucristo por su dueño y soberano Señor para depender de Él en calidad de esclavo de amor. Esto mismo es lo que se hace por la presente devoción: renuncia el cristiano (como se dice en la fórmula de la consagración³) al demonio, al mundo, al pecado y a sí mismo, y se da totalmente a Jesucristo por manos de María. Y aún se hace algo más, toda vez que en el Bautismo hablamos ordinariamente por boca de otro, es decir, por el padrino y la madrina, y si nos entregamos a Jesucristo es por procurador; pero en esta devoción nos entregamos por nosotros mismos, voluntariamente, con conocimiento de causa.

En el santo Bautismo no nos damos a Jesucristo por manos de María, al menos expresamente, ni

³ El acto de consagración se encuentra al final de este libro.

hacemos entrega a Jesucristo del valor de las buenas obras, quedando después del Bautismo enteramente libres para aplicarlo a quien queramos o reservarlo para nosotros mismos; pero por esta devoción se da uno al Señor expresamente por las manos de María y se entrega el valor de todas las buenas obras.

127. Los hombres, dice Santo Tomás⁴, hacen voto en el santo Bautismo de renunciar al diablo y a sus pompas. “Y este voto—dice San Agustín⁵—es el mayor y el más indispensable.” Lo mismo afirman los canonistas⁶, diciendo: “El voto principal es el que hacemos en el Bautismo.” Sin embargo, ¿quien cumple este voto tan importante? ¿Quién observa fielmente las promesas del santo Bautismo? ¿No hacen traición casi todos los cristianos a la fe prometida en el Bautismo a Jesucristo? ¿De dónde puede provenir este universal desconcierto, sino del olvido en que se vive de las promesas y obligaciones del santo Bautismo, y de que casi nadie ratifica por sí mismo el compromiso contraído con Dios por medio de su padrino y su madrina?

128. Tan es así, que el Concilio de Sens, convocado por orden de Luis el Debonario (Ludovico Pío) para poner remedio a los desórdenes de los cristianos, juzgó que la causa principal de aquella corrupción de costumbres provenía del olvido y de la ignorancia en que vivía la gente acerca de los

⁴ L. 2, q. 88, a. 2: *In Baptismo vovent homines abrenuntiare diabolo et pompis eius.*

⁵ *Votum maximum nostrum quo vovimus nos in Christo esse mansuros* (Epist., 59 ad Paulin).

⁶ *Praecipuum votum est quod in Baptismate facimus.*

compromisos del santo Bautismo; y no halló remedio más eficaz para combatir tamaño mal, que excitar a los cristianos a renovar las promesas y votos bautismales.

129. El Catecismo del Concilio de Trento⁷, fiel intérprete de este santo Concilio, exhorta a los párrocos a que hagan lo mismo y exhorten al pueblo fiel, y le amonesten que es muy justo que nos ofrezcamos como esclavos y nos consagremos para siempre a nuestro Redentor y Señor", etc., etc.

130. Si, pues, los Concilios, los Padres, y la misma experiencia nos muestran que el mejor remedio contra los desórdenes de los cristianos es hacerles recordar las obligaciones de su bautismo y renovar los votos que en él hicieron, ¿no será razonable hacerlo ahora *de una manera perfecta* mediante esta devoción y consagración a nuestro Señor por medio de su santísima Madre? Digo *de una manera perfecta*, porque para consagrarnos a Jesucristo nos servimos del más perfecto de todos los medios, que es la Sacratísima Virgen.

* * *

Algunas dificultades resueltas.

131. No se puede objetar que esta devoción es nueva o indiferente. No es *nueva*, toda vez que los Concilios, los Padres y muchos autores, tanto antiguos como modernos, tratan de esta consagración

⁷ He aquí sus palabras: *Porochus fidelem populum ad eam rationem cohortabitur ut sciat aequissimum esse... nos ipsos, non secus ac mancipia. Redemptori nostro ac Domino in perpetuum addicere et consecrare* (Cat. Concil. Trid., p. 1.^a, cap. 3, n. 12).

al Señor, o la renovación de las promesas del santo Bautismo como una práctica usada de antiguo y aconsejada por ellos a todos los cristianos. No es *indiferente*, puesto que la principal fuente de todos los desórdenes, y, por consiguiente, de la condenación de los cristianos, procede del olvido e indiferencia respecto de esta práctica.

132. Pudiera alguno decir que esta devoción nos hace incapaces de socorrer a las almas de nuestros parientes, amigos y bienhechores, por cuanto nos hace entregar a nuestro Señor, por manos de la Santísima Virgen, el valor de todas nuestras buenas obras, oraciones, mortificaciones y limosnas.

A esto respondo: 1.º Que no es creíble que nuestros parientes, amigos y bienhechores salgan perjudicados porque nosotros nos entreguemos y consagremos sin reserva al servicio de nuestro Señor y de su santísima Madre. Sería hacer injuria a la bondad y al poder de Jesús y María, que bien sabrán asistir a nuestros parientes, amigos y bienhechores, ya de nuestra módica renta espiritual, ya de otro modo. 2.º Que esta devoción no impide que roguemos por los demás, así vivos como difuntos, aunque la aplicación de nuestras buenas obras dependa de la voluntad de nuestra Señora; al contrario, eso nos llevará a rogar con más confianza; como si una persona rica hubiera dado todos sus bienes a un gran príncipe para más honrarle, rogaría con más confianza a este príncipe diese una limosna a alguno de sus amigos que se la pidiese. Y aun sería grato al príncipe que se le ofreciese ocasión de demostrar su reconocimiento a una persona que se había despojado de todo para honrarle y se había empobrecido para enriquecerle. Lo

mismo debe decirse de Jesucristo y de la Santísima Virgen, que jamás se dejarán vencer de nadie en gratitud.

* * *

133. Alguno objetará tal vez: Si doy a la Santísima Virgen todo el valor de mis acciones para que lo aplique a quien Ella quiera, quizá sea menester que yo padezca mucho tiempo en el purgatorio.

Esta objeción, que nace de amor propio y de ignorancia de la liberalidad de Dios y de su santísima Madre, se destruye por sí misma: un alma ferviente y generosa, que mira con más empeño los intereses de Dios que los suyos propios, que da a Dios sin reserva todo cuanto tiene, de suerte que ya no le puede dar más, *non plus ultra*, que no aspira más que a la gloria y al reinado de Jesucristo por su santísima Madre, y que por hacerse digna de esto se sacrifica toda enteramente, esta alma generosa y liberal, ¿será acaso más castigada en la otra vida por haber sido más liberal y más desinteresada que las otras? Al contrario, precisamente con esta alma, como veremos a continuación, es con quien nuestro Señor y su Madre son liberalísimos en este mundo y en el otro, en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

134. Ahora conviene que veamos, con la brevedad posible, los motivos que nos hacen recomendable esta devoción, los admirables efectos que produce en las almas fieles y las principales prácticas de ella.

CAPITULO V

MOTIVOS QUE NOS DEBEN HACER ESTA DEVOCION RECOMENDABLE

Artículo I

ESTA DEVOCIÓN NOS CONSAGRA ENTERAMENTE AL SERVICIO DE DIOS

135. *Primer motivo* que nos muestra la excelencia de esta consagración de sí mismo a Jesucristo por manos de María.

Si no se puede concebir ocupación más noble en la tierra que el servicio de Dios, si el menor de los siervos de Dios es más rico, más poderoso y más noble que todos los reyes y emperadores de la tierra, a menos que ellos también sean siervos de Dios, ¿cuáles no serán las riquezas, el poder y la dignidad del fiel y perfecto siervo de Dios, que se entrega a su servicio enteramente sin reserva y cuanto puede? Tal es un fiel y amoroso esclavo de Jesús y María, que se ha entregado todo entero, sin reservarse nada para sí, al servicio de este Rey de reyes, por manos de su santísima Madre; todo el oro de la tierra y las bellezas de los cielos no bastan para pagarle.

136. Las demás congregaciones, asociaciones y cofradías, erigidas en honor de nuestro Señor y de su Madre Santísima, que tan grandes bienes producen en la cristiandad, no obligan a darlo todo sin reserva; solamente prescriben a sus asociados para cumplir sus obligaciones, ciertas obras y prácticas, dejándoles libres todas las demás acciones y todo el resto de su tiempo. Pero esta devoción hace entregar sin reserva a Jesús y María todos sus pensamientos, palabras, acciones y padecimientos, y todos los instantes de su vida; de modo que ya vele o ya duerma, ya coma o ya beba, ya ejecute las acciones más grandes o las más insignificantes, siempre se podrá decir con verdad, que cuanto hace, aun sin pensar en ello, es para Jesús y María, en virtud de su ofrecimiento, a menos que se haya expresamente retractado. ¡Qué consuelo!

137. Además, como ya dijimos (n. 110), no hay ninguna práctica en que con mayor facilidad nos veamos libres de cierto resabio de amor propio que imperceptiblemente se desliza en las mejores acciones. Esta gracia grande la concede nuestro buen Jesús en recompensa del acto heroico y desinteresado de entregarle, por mano de su santa Madre, todo el valor de sus buenas obras. Si da el céntuplo en este mundo a los que por su amor dejan los bienes exteriores, temporales y perecederos, ¿cuál será el céntuplo que dará al que le sacrifique aun los bienes interiores y espirituales?

138. Jesús, nuestro gran amigo, se nos ha dado sin reserva en cuerpo y alma; con sus virtudes, gracias y méritos "Me ha ganado enteramente, dándose a mí todo entero", dice San Bernardo¹. ¿No

¹ *Se toto totum me comparavit.*

es, pues, deber de justicia y de gratitud, darle todo cuanto podemos darle? Él ha sido el primero en mostrarse liberal con nosotros; seámoslo nosotros con Él, en justa correspondencia; y Él será más generoso aún con nosotros en la vida, en la muerte y por toda la eternidad: *Con el generoso serás generoso*, dice San Germán ².

Artículo II

ESTA DEVOCIÓN NOS LLEVA A IMITAR LOS EJEMPLOS DE JESUCRISTO Y DEL MISMO DIOS Y A EJERCITAR LA HUMILDAD

139. *Segundo motivo* que nos muestra ser justo de suyo y ventajoso para el cristiano consagrarse por entero a la Santísima Virgen, para entregarse así más perfectamente a Jesucristo.

Este buen Señor no se desdeñó de encerrarse en el seno de la Santísima Virgen como un esclavo de amor, ni de vivir sometido y obediente a Ella durante treinta años. Aquí, lo repito, se anonada la razón humana al reflexionar seriamente en este proceder de la Sabiduría encarnada, que no quiso por más que pudiera hacerlo, darse directamente a los hombres, sino por medio de nuestra Señora; que no quiso venir al mundo a la edad de varón perfecto e independiente de los otros, sino como niño pequeño y débil, necesitado de los cuidados y de la asistencia de su santísima Madre. Esta Sabiduría infinita, que tenía un deseo inmenso de glorificar a Dios, su Padre, y de salvar a los hombres, no halló medio más perfecto y más breve para

² *Cum liberali liberalis eris.*

hacerlo, que someterse en todo a la Santísima Virgen, no sólo durante los ocho, diez o quince primeros años de su vida, como los demás niños, sino durante treinta años; y durante este tiempo de dependencia y sumisión a su Madre, dio más gloria a Dios su Padre, que si hubiese empleado aquellos treinta años en hacer prodigios, en predicar por toda la tierra, en convertir a todos los hombres. Que si hubiese creído otra cosa, la hubiera puesto por obra. ¡Oh! ¡Oh! ¡Cuán altamente glorifica a Dios el que, a ejemplo de Jesús, se somete a María!

Teniendo, pues, a nuestra vista un ejemplo tan visible y tan conocido de todo el mundo, ¿seremos tan insensatos que esperemos hallar otro medio más perfecto y más breve de glorificar a Dios, que someternos a María a imitación de su Hijo?

140. En prueba de la dependencia que de nuestra Señora debemos tener, recuérdese lo que arriba queda dicho (núms. 14-39) refiriendo el ejemplo que de esa dependencia nos dan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre nos dio y nos da a su Hijo únicamente por medio de María, no se forma hijos adoptivos sino por María, y no comunica sus gracias sino por María. Dios Hijo sólo por Ella ha sido formado hombre para todo el mundo en general; ni se forma ni nace cada día en las almas, sino por Ella, en unión del Espíritu Santo, ni comunica sus méritos y sus virtudes sino por Ella, El Espíritu Santo formó a Jesucristo por Ella, y sólo por Ella forma los miembros de su cuerpo místico, y dispensa sus dones y favores únicamente por Ella. En presencia de tantos y tan poderosos ejemplos de la Santísima Trinidad, si no estamos enteramente ciegos, ¿podremos separarnos de María, no consa-

grarnos a Ella y no someternos a Ella para ir a Dios y para sacrificarnos a Dios?

141. Veamos algunos pasajes de los Padres que he escogido para probar lo que acabo de decir:

Dos hijos tiene María: el Hombre-Dios y el puro hombre. Del uno María es madre corporalmente y del otro espiritualmente (Orígenes y San Buenaventura) ³.

Esta es la voluntad de Dios, que ha querido que todo lo tengamos por María. Por tanto, si hay en nosotros algo de esperanza, algo de gracia, algo de salud, reconozcamos haber dimanado de Ella (San Bernardo) ⁴.

Todos los dones, virtudes y gracias del mismo Espíritu Santo se reparten por sus manos a quien Ella quiere, cuando quiere, como quiere y en la medida que quiere (San Bernardino) ⁵.

Porque eras indigno de que se te diese (Cristo) *se dio a María, para que por Ella recibieses todo lo que tuvieses* (San Bernardo) ⁶.

142. Viendo Dios que somos indignos de recibir sus gracias inmediatamente de su mano—dice San Bernardo ⁷—, las da a María, para que por Ella

³ *Duo filii Mariae sunt: Homo Deus et homo purus. Unius corporaliter et alterius spirituliter Mater est Maria.*

⁴ *Haec est voluntas Dei, qui totum nos voluit habere per Mariam. Ac proinde si quid spei, si quid gratiae, si quid salutis, ab ea noverimus redundare* (De aquaeductu, n. 6).

⁵ *Omnia dona, virtutes, gratiae ipsius Spiritus Sancti, quibus vult, quando vult, quomodo vult et quantum vult per ipsius manus administrantur.*

⁶ *Quia indignus eras cui daretur, datum est Mariae ut per eam acciperes quidquid haberes.*

⁷ *Sermo 3 in Vigilia Nativ. Domini, n. 10.*

adquiramos cuanto nos quiere dar; y a la vez cifra Él su gloria en recibir de manos de María la gratitud, el respeto y el amor que por sus beneficios le debemos. Es, pues, muy justo que imitemos esta conducta de Dios, para que la gracia—dice San Bernardo^a—retorne a su autor por el mismo canal por donde vino a nosotros.

Esto es lo que con nuestra devoción practicamos: ofrecemos y consagramos cuanto somos y tenemos a nuestra Señora, a fin de que el Señor reciba por su mediación la gloria y el reconocimiento que le debemos. Nos reconocemos indignos e incapaces de acercarnos por nosotros mismos a la Majestad infinita; por eso nos valemos de la intercesión de la Santísima Virgen.

143. Además, esta práctica es un ejercicio de profunda humildad, virtud más amada de Dios que otras virtudes. El alma que se ensalza rebaja a Dios, y el alma que se humilla ensalza a Dios. *Dios resiste a los soberbios y da a los humildes su gracia* (Jac., 4, 6). Si te abajas creyéndote indigno de comparacer ante Él y de acercarte a Él, se abaja y desciende para venir a ti, para complacerse en ti y para ensalzarte a pesar tuyo. Al contrario, cuando alguno atrevidamente se acerca a Dios sin mediador, Dios se aleja y no es posible alcanzarle. ¡Oh, cuánto se complace en la humildad de corazón! A esta humildad nos induce la práctica de esta devoción, puesto que nos enseña a no acercarnos jamás por nosotros mismos al Señor, por más suave y misericordioso que sea, sirviéndonos siempre de la intervención de María, ya sea para

^a *Ut eoden alveo ad largitorem gratia redeat, quo fluxit* (De Aquaeductu, n. 18).

comparecer ante Dios, hablarle y acercarse a Él, ya sea para ofrecerle alguna cosa o para unirse y consagrarse a Él.

Artículo III

ESTA DEVOCIÓN NOS ALCANZA LOS BUENOS OFICIOS DE NUESTRA SEÑORA

§ 1.º *María se da a su esclavo de amor.*

144. *Tercer motivo:* La Santísima Virgen, que es Madre de dulzura y de misericordia, y que en amor y liberalidad nunca se deja vencer, al ver que uno se da enteramente a Ella para honrarla y servirla, despojándose de cuanto tiene de más querido para adornarla, Ella también se da toda entera y de una manera inefable a quien le hace entrega de todo: le hace abismarse en el piélago de sus gracias, le adorna con sus méritos, le apoya con su poder, le ilumina con su luz, le abraza con su amor, le comunica sus virtudes, su humildad, su fe, todo su cariño para con Jesús. Finalmente, como esta persona consagrada pertenece toda a María, así también María pertenece toda a ella. De suerte que de este perfecto siervo e hijo de María se puede decir lo que de sí mismo dijo San Juan Evangelista: *que tomó a la Santísima Virgen por todos sus bienes* ⁹.

145. Esto es lo que produce en su alma, si es fiel, una gran desconfianza, desprecio y aborrecimiento de sí mismo, y gran confianza y total entrega en manos de su bondadosa Señora. Ya no se apoya, como antes, en sus disposiciones, inten-

⁹ *Accipit eam discipulus in sua* (Jn., 19, 27).

ciones, méritos y buenas obras; porque habiéndolo sacrificado todo a Jesucristo por medio de esta bondadosa Madre, sólo le queda un tesoro que encierra todos sus bienes, y que ya no lo tiene en sí, y este tesoro es María.

Esto es lo que le lleva a acercarse al Señor sin temor servil ni escrupuloso y a rogarle con mucha confianza. Esto le hace entrar en los sentimientos del piadoso y sabio abad Ruperto, que aludiendo a la victoria que Jacob alcanzó de un ángel, dirige a nuestra Señora estas hermosas palabras: ¡Oh María, Princesa mía y Madre inmaculada del hombre Dios Jesucristo: yo armado, no con mis propios méritos, sino con los vuestros, deseo luchar con ese Hombre, a saber, con el Verbo divino! ¹⁰.

¡Oh, cuán poderosos y fuertes comparecemos ante Jesucristo cuando estamos armados con los méritos e intercesión de la digna Madre de Dios, que como dice San Agustín, venció amorosamente al Todopoderoso!

§ 2.º *María purifica nuestras buenas obras, las embellece y las hace aceptables a su divino Hijo.*

146. Dado que por esta práctica entregamos a Dios, por manos de María, todas nuestras buenas obras, esta bondadosa Señora las purifica, las embellece y hace que su Hijo las acepte.

1.º Las purifica de toda mancha de amor propio y del apego imperceptible a las criaturas que insensiblemente se desliza en las mejores acciones.

¹⁰ O Domina, Dei Genitrix, Maria, et incorrupta Mater Dei et hominis; non meis sed tuis armatus meritis, cum isto Viro, scilicet Verbo Dei, luctari cupio (Prolog. in Cantica).

Tan pronto como nuestras obras caen en sus manos purísimas y fecundas, aquellas manos, que nunca estuvieron manchadas ni ociosas, y purifican todo cuanto tocan, limpian el don que le hacemos, de todo lo que en él pueda haber de impuro o imperfecto.

147. 2." Las embellece adornándolas con sus méritos y virtudes. Es como si un labrador, ganoso de granjearse la simpatía y benevolencia del rey, acudiese a la reina, y le presentase una manzana, que es todo su caudal, para que ella la ofreciese al rey; y la reina, aceptando el modesto regalo, pusiese la manzana en una grande y hermosa bandeja de oro, y así la presentase al rey en nombre del labrador; de este modo la manzana, aunque de suyo indigna de ser presentada al rey, se habría convertido en un regalo digno de su majestad por razón de la bandeja de oro en que iba y de la persona que la presentaba.

148. 3." María presenta estas buenas obras a Jesucristo; porque, en definitiva, no guarda para sí nada de lo que se le ofrece; todo lo transmite fielmente a Jesús. Si algo le dan a Ella, a Jesús necesariamente se lo dan si la alaban, si la glorifican, inmediatamente Ella alaba y glorifica a Jesús. Ahora, lo mismo que cuando Santa Isabel la alabó, canta cuando la ensalzan y bendicen: *Engrandece mi alma al Señor* ¹¹.

149. 4." María hace que Jesús acepte estas buenas obras, por pequeño y pobre que sea el don para este Santo de los santos y Rey de los reyes. Cuando por nuestra cuenta, apoyados en nuestra

¹¹ *Magnificat anima mea Dominum* (Lc., 1, 46).

propia industria y habilidad presentamos alguna cosa a Jesús, Él examina el presente, y muchas veces lo rechaza, por hallarlo manchado de amor propio, como en otro tiempo rechazó los sacrificios de los judíos, por estar llenos de la propia voluntad. Pero cuando le presentamos algo por las manos puras y virginales de su amadísima Madre, le cogemos por su flaco, si se me permite usar ese término, pues no mira tanto al don que le damos cuando a su buena Madre que se lo presenta; no atiende a la procedencia del don, sino a Aquella por quien le viene. Así, María, que jamás es rechazada, sino siempre bien recibida de su Hijo, hace que su Majestad acepte con agrado, todo lo que grande o pequeño Ella le presenta; basta que María se lo presente, para que Jesús lo reciba y se complazca. He aquí el gran consejo que San Bernardo¹² daba a todos aquellos y aquellas a quienes dirigía a la perfección: Cuando queráis ofrecer algo a Dios, cuidad de ofrecerlo por las manos gratísimas y dignísimas de María, si no queréis recibir ninguna repulsa.

150. ¿No es esto lo que, según hemos visto (número 147) la misma naturaleza inspira a los pequeños para con los grandes? ¿Por qué la gracia no ha de enseñarnos a guardar esa misma conducta para con Dios, que está infinitamente sobre nosotros y delante del cual somos menos que átomos; teniendo por otra parte, una abogada tan poderosa, que jamás quedó desairada; tan inteligente, que conoce todos los secretos para ganar el corazón de

¹² *Modicum quid offerre desideras? manibus Mariæ offerendum tradere cura, si non vis sustinere repulsam* (De Aqueeductu, n. 18).

Dios; tan buena y caritativa, que a nadie rechaza, por pequeño o malvado que sea?

Luego expondré, en la historia de Jacob y Rebeca, la figura verdadera de lo que voy diciendo (núms. 183 y siguientes).

Artículo IV

ESTA DEVOCIÓN ES UN MEDIO EXCELENTE DE PROCURAR LA MAYOR GLORIA DE DIOS

151. *Cuarto motivo.*—Esta devoción, fielmente practicada, es un medio excelente para enderezar el valor de nuestras buenas obras a la mayor gloria de Dios. Casi nadie refiere sus obras a este fin tan noble, por más que a ello estamos obligados, ya porque no sabemos dónde está la mayor gloria de Dios, ya porque no la buscamos. Pero como la Santísima Virgen, a quien hemos cedido el valor y el mérito de nuestras buenas obras, conoce perfectamente dónde está la mayor gloria de Dios, y nada hace sino procurar esa mayor gloria de Dios, el perfecto siervo de esta Señora, que está totalmente consagrado a Ella, como hemos dicho, puede afirmar resueltamente que el valor de todas sus acciones, pensamientos y palabras va ordenado a la mayor gloria de Dios, a menos que revoque expresamente su ofrenda. ¿Es posible hallar nada más consolador para un alma que ama a Dios con amor puro y desinteresado, y que aprecia la gloria y los intereses de Dios más que los suyos propios?

Artículo V

ESTA DEVOCIÓN CONDUCE A LA UNIÓN CON NUESTRO SEÑOR

152. *Quinto motivo.*—Esta devoción es un camino fácil, corto, perfecto y seguro para llegar a la unión con Dios, en que consiste la perfección cristiana.

§ 1.º *Es un camino fácil*

Es camino que Jesucristo abrió al venir a nosotros, y en que no se encuentra ningún obstáculo para llegar a Él. Verdad es que se puede llegar a la unión con Dios por otros caminos; pero es llevando muchas más cruces, muertes extrañas, y con muchas más dificultades que nos serán difíciles de vencer. Necesario será pasar por noches oscuras, por combates y agonías terribles, escalar escarpadas montañas, por entre punzantes espinas y por horribles desiertos. Pero por el camino de María se pasa más suave y más tranquilamente. Verdad es que también en él se encuentran rudos combates que librar y grandes dificultades que vencer; pero esta bondadosa Madre y Señora se acerca tanto y se hace tan presente a sus fieles siervos para alumbrarlos en sus tinieblas y esclarecerlos en sus dudas, para fortalecerlos en sus temores, para sostenerlos en sus batallas y en sus dificultades, que verdaderamente este camino virginal para llegar a Jesucristo, comparado con los demás, es un camino de rosas y de miel. Ha habido algunos santos, bien que en corto número, como San Efrén, San Juan Damasceno, San Bernardo, San Bernardino, San Bue-

naventura, San Francisco de Sales, etc., que han ido por este camino suave para llegar a Jesucristo, porque el Espíritu Santo, fiel Esposo de María, por una gracia singular se lo ha mostrado. Pero los otros santos, que son en mayor número, por más devotos que hayan sido todos de nuestra Señora, no han entrado, o han entrado muy poco en este camino, y por esta causa han tenido que arrostrar pruebas más rudas y más peligrosas.

153. Quizá pregunte algún siervo fiel de María: ¿De dónde proviene, pues, que los fieles siervos de esta bondadosa Madre tienen tantas ocasiones de padecer, y más que los que no le son tan devotos? Les contradicen, los persiguen y calumnian; no se les tolera, o bien andan en tinieblas interiores y por desiertos en que no cae la menor gota de rocío del cielo. Si esta devoción a la Virgen hace más fácil el camino para encontrar a Jesucristo, ¿cómo es que los más devotos son los más crucificados?

154. Respondo que, ciertamente, los más fieles siervos de nuestra Señora, como son sus más grandes favoritos, reciben de Ella los más grandes favores y gracias del cielo, que son las cruces; pero sostengo que los siervos de María llevan estas cruces con más facilidad, mérito y gloria; y que lo que detendría mil veces a otros o los haría caer, a ellos no los detiene una sola vez, sino les hace ir adelante, porque esta bondadosa Madre, toda llena de gracia y de la unción del Espíritu Santo, endulza todas estas cruces que Ella les prepara con el azúcar de su dulzura maternal y con la unción del puro amor; de modo que aunque sean de suyo muy amargas, ellos las comen alegremente como